

# LA MANO DEL HOMBRE PÁLIDO

La Manzana Dañada

Por

Alejandro Carrión

Todo fiel cristiano  
está muy obligado  
a tener devoción  
de la Santa Cruz...

El Hermano nos hacía rezar desde lo alto de su tarima. Su mano flaca y fina estaba atenta de nuestro menor descuido para hacer sonar las chasca alarmadora. La oración salía de mis labios lánguida, mecánicamente. Mi alma no tenía parte alguna en ella. En mi cabeza había esa tarde una nueva inquietud. Me había puesto en contacto con un grave misterio y todas las potencias de mi alma se inclinaban a su descubrimiento. Ramón rezaba a mi lado y en su cabeza había también una inquietud. La inquietud que nacía de mismo misterio, del cual él había estado más cercano. Y junto a esa inquietud, una ambición: por eso sus ojos saltaban, a través de los vidrios de la amplia ventana, dorados por el sol de la tarde, a la lejana Colina del Pedestal, en la que el sol de los venados establecía su reino fugitivo.

- Ya ha de haber quienes... - murmuraba

Ya los había y con ellos, yo contaba para arrancarle los datos que él tenía sobre el misterio.

Le susurré:

- Me cuentas ahora lo del Hermano Celestino.  
- Si me dejas ir a coger quiques.

Y es que la Colina del Pedestal era de mi padre, y por ello yo podía abrir la puerta entretejida de alambre de púa y dar paso libre hacia la alegría de coger las pequeñas frutas agridulces.

- Bueno, mañana nos vamos.

.... De Cristo nuestra luz  
pues en ella  
quiso morir  
por nos redimir...

Monótona y maquinal brotaba de nuestros labios la oración, mientras, en la calle, correteando llenas de alegría, de la alegría de estar fuera de la escuela, en libertad completa hasta el amanecer siguiente, pasaban las niñas del Colegio de las Madres Marianitas. Eran las cinco. Las hacían salir diez minutos antes que nosotros, para que no las encontrásemos en la calle y las hiciésemos objetos de burla y malacrianza, inocentes aún, pues no entrábamos todavía en el torturado y anheloso desear que es la vida del sexo. Faltaba para ello algo todavía. El Hermano Celestino, al final de la oración, trazó sobre su rostro pálido una cruz pausada y majestuosa. Era curioso ver cómo brillaban en medio de su palidez dos forúnculos rojos situados bajo el labio carnosos y colgante, cerca del borde burilado de su quijada fina.

- Amén...- gritamos todos, en un grito gozoso. Era el grito final de la tarde, el grito de entrada a la pequeña libertad.

Nos pusimos las gorras, colgamos a través de nuestro pecho el cordón de las grandes talegas de libros y, en fila de a dos en fondo - "el rango" - comenzamos a cruzar el umbral de la clase.

- Los que bajen saltando las escaleras se quedan hasta las seis.

Hizo esta advertencia el Hermano y luego, dirigiéndonos sus miradas brillantes:

- Si vuelven otra vez a charlar en la oración, les dejo en la penitencia una semana, tarde y mañana.

Intentamos una disculpa. Era inútil: nos había estado vigilando. Era el hombre de los mil ojos. Por esa vez, nos dejó ir. Y en la calle, tuvimos una mejor alegría: la alegría de la libertad conseguida al borde de perderse, alegría de procesado absuelto cuando iba a tocarle una larga condena. Además, por mi parte, me iba a acercarme al inquietante misterio...

Y nos separamos del rango para quedarnos cuchicheando en una banca del parque.

- Qué pensaba hacer contigo, ah?

- No sé, me figuro que algo malo.

Ramón estaba rojo, le daba vergüenza, presentía algo malo, algo que ni él ni yo alcanzábamos a comprender.

- Y ... Qué hiciste?

- No me gusta contar... me da vergüenza que haya sido conmigo...

Le tenía en mis manos y lo amenacé:

- No te he de dar los quiques.

La amenaza era tan grande que cedió.

- Pues yo... verás... yo pensé que iba a pegarme. Como me huí de la penitencia... Se temblaba, la jeta le colgaba como cuando nos habló ahora, te fijaste? Quise gritar. Pero me dijo que nó, que no me iba a hacer anda. Me ofreció mil de abeja y me hizo cariños. En la cara y... Bueno a mí me seguía dando miedo...

- Y ... dónde más te hizo cariños?

- Bah, que todo...Caray, y por qué has salido tan curioso, caracho?

No, si no me lo cantaba todo, no le daría los quiques nunca.

- Pues ... en las piernas. Me quiso llevar a la huerta y me besó... en la boca... Yo corrí a la puerta de calle. Fué tras de mí, gritando que no me iba a hacer nada malo, que volviese... Oy, qué estaría queriendo hacer conmigo? Y lo pior es que no me quita los ojos en toda la clase...

- Por eso cayó en cuenta que conversábamos...

- Por eso. Yo tengo miedo de quedarme castigado. Púchicas, creo que voy a tener que salirme de la escuela.

Y me quedé a la puerta del misterio, más intrigado aún, sin comprender. Sin poder comprender. Solamente estaba seguro de que el Querido Hermanito había querido cometer con mi amigo algo malo.

Y en el patio, otro día. Mientras la pelota trazaba parábolas en el cielo con nubes lentas, de algodonosa blancura. Mientras los muchachos gritaban, corriendo tras la gran pelota de hinchado bleris, que chocaba contra el suelo y hacía temblar vidrios de las ventanas, protegidos con finas rejas de alambre. Mientras los pequeños, que jugaban a gatas en el suelo a la cuarta y pepo, lanzaban sus finos chillidos. Sentados en un rincón del patio, Elio, Mosquerita, Segundo Ordóñez y yo, sin jugar, discutíamos los grandes problemas de la vida. Teníamos once años y una urgente necesidad de saber, una necesidad insatisfecha, parecida a una sed intolerable. Sentíamos, en forma precisa, que, en torno nuestro flotaban cosas misteriosas, que los grandes sabían que nosotros debíamos saber... Refiriéndonos a nosotros, el Querido Hermanito dijo en clase un día:

- El niño que ni juega en el recreo es un niño pervertido, en pecado mortal... Agua dormida, agua podrida.

Ese día, yo estaba, como casi siempre, charlatán. Decía:

- De grande, me tengo que casar y tener muchos chicos. A uno, le pondré Luis Antonio... Bonito queda , no?

Pero Segundo Ordóñez me interrumpió:

- Oy, y cómo vas a hacer para tener hijos, ah?

Me puse muy encarnado. Era, precisamente, una parte del misterio, de lo que deseaba tan ardientemente saber. Y me pareció que Segundo Ordóñez lo sabía, y que se burlaba de mí, porque me dijo, pícaramente:

- Charlas, y no sabes ni agua de lo que charlas.

Estaba incómodo y enrojecido, sin saber cómo romper mi silencio.

Afortunadamente, Elio, con su dichosa brutalidad de todos los días, intervino:

- Se pasan hablando adrede de cosas malas. El Hermanito dijo que hay que jugar en los recreos y nosotros le desobedecemos todos los días.

Elio se nos había vuelto ese año un adulón. Yo me porté valiente al decirle:

- Yo soy libre y sólo obedezco a mis papás.

Segundo era más libre aún:

- Yo no tengo ni papás.

Elio, canallita, lo quiso avergonzar, porque Segundo era sirviente: - Ajá, y tus patronos?

Segundo no se acobardó:

- Yo no río de esos pendejos.

Apenas oyó la frase, Elio se dio a correr, gritándonos:

- No digan malas palabras.

Tocaron la campana, y, mientras corríamos a formar en la fila, Segundo me dijo:

- Te juro que es un adulón.

Y, efectivamente, era un adulón.

Lo comprobamos poco después, cuando, ya en clase, el Hermano Celestino hizo sonar su chasca anunciando la tan temida hora del cálculo mental. Todos levantamos la vista y comprendimos, al ver la cara del maestro, que iba a suceder algo terrible. Estaba más pálido que de costumbre y se mordía, furiosamente, el labio inferior, carnosos y abultados. Furtivamente, regresé a ver a Elio. Se puso muy encarnado y se tapó con las manos los ojos llorones, ya brillantes de lágrimas. Entonces, me preparé a todo.

- A ver, Manuco y Ordóñez, acá - dijo el maestro.

Avanzamos temblando. Los dientes de mi compañero castañeteaban, como si tuviera un calofrío. Yo sentía la palidez helándome la cara. El corazón me latía locamente, con esa loca actividad que desarrolla en los momentos graves de mi vida. Al pasar junto a Elio, no me pude contener, y le dije:

- Adulón... puerco...

Y oí que Segundo le prometía:

- Verás a la salida.

El Hermano nos hizo poner de pie, junto a su escritorio, con la cara vuelta a toda la clase. Vi en las caras de mis compañeros una expectación anhelante. Vi cómo reía el Gallo Negro y cómo Elio hundía su cabeza entre los brazos cruzados sobre el tosco pupitre. Mosquerita me hacía señas con los ojos. Nico había abierto su libro de lectura y pasaba lentamente las hojas.

- Estos niños - comenzó el Hermano - son el agua dormida de que les he hablado en ocasiones anteriores. No juegan nunca en los recreos, dedicándose a conversaciones pecaminosas. Ahora, cuando un niño modelo, con el que nuestra escuela se honra y que va a brazar nuestro santo hábito...

En ese momento comprendimos. Alguna vez Elio nos había dicho que la única manera de pasar bien en la escuela era convencer a los Hermanos que uno se iba a ir al Noviciado. Yo no creía nunca que la hiciera, porque sabía que en él no existía ninguna vocación. Pero lo había hecho, y nosotros, sus mejores amigos, íbamos a ser la prueba de la verdad de su palabra. Lo busqué con los ojos: vi que un sollozo lo sacudía fuertemente.

El Hermano continuó hablando largamente sobre nuestra maldad. Rogó a los muchachos que no se juntasen con nosotros. En la cara me iba creciendo un rubor escarlata y cada palabra del maestro me dolía como una bofetada. Al bajar la vista, agobiada de una vergüenza dura, vi que movían desesperadamente. De pronto, el Hermano dio un grito terrible:

- Ah! Con que ustedes no obedecen a nadie!

Vamos a ver si es cierto! Muestren las manos...

Yo extendí mis manos pálidas y pequeñas, en las que resaltaban, en complicada red, las venas azules. Sobre ellas cayó diez veces la chasca dura y enfurecida y me las tornó rojas, como cuando la fiebre reinaba en mi cuerpo. Las lágrimas que me nublaron la vista y el dolor que se me hundió hasta los huesos me impidieron mirar las manos de mi amigo, pero oí caer sobre ellas los golpes rítmicos de esa palmeta furiosa, mientras las piernas se me temblaban, súbitamente débiles. Luego, legó a mis oídos la orden de arrodillarse, cara a la clase, junto a la pared, para que la verguenza del castigo nos dejase una huella imborrable en la memoria.

Yo comencé entonces a llorar muy en serio. Me hacía bien. Con las lágrimas cálidas que me rodaban por las mejillas sentía que se me iban el dolor y la verguenza. En cambio, esa rabia que era un firme propósito de no volver a la escuelas y odiar siempre a mis maestros, me volvía a dominar, como en tantas ocasiones anteriores. Si yo no me hubiese avergonzado tanto de lo que me pasaba, le hubiese contado a mi papá mi suplicio y él me hubiera defendido. Pero, cuando llegaba a casa, se me trababa la lengua y no acudían a mi voz las palabras. A medida que la tranquilidad me retornaba el pulso, pude darme cuenta de que la atención de la clase nos había abandonado. El Hermano, junto al pizarrón, preguntaba:

- A ver usted, Gonzáles, cinco más ocho, menos tres, más quince, menos diez, más veintidós, cuánto es?

Oí la voz del muchacho, que se equivocaba, que se perdía.

El Gallo Negro alzaba la mano:

- Yo, Hermanito, yo.
- A ver, usted, Bermeo.

El Gallo Negro lanzaba su respuesta jubilosa. En la cara del Sancocho González la angustia.

- Diez notas, González!

El Sancocho avanzaba, lloroso, a dejar sus diez notas, las últimas, en manos del Querido Hermanito. Fuera, los chicos del team de fútbol “San Juan Bautista de la Salle” entrenaban, con risas, el último partido de la temporada. La pelota ascendía muy alta, dibujando un arco rápido por las ventanas de la clase. Segundo Ordóñez refunfuñó a mi lado:

- Adrede lloraste tanto. Hay que ser bien hombres.

Yo, bruscamente, volví la cabeza. Me había olvidado de mi compañero de castigo. Guardé silencio. El continuó:

- A mí no me importa. Mis patrones me tratan pior.

Yo quise contestarle algo, posiblemente que no estaba acostumbrado a que me trataran mal y que me hacía mucho bien llorar, pero se me había secado la garganta y de ella no salía ningún sonido, mucho menos palabras. Las rodillas comenzaron a dolerme fuertemente.

- Haz así, me dijo Segundo, comprensivo.

Se había sentado sobre sus talones. Lo imité. Pero las rodillas me siguieron doliendo.

Y fue entonces cuando la suerte me lanzó de bruces a otro aspecto del misterio. Lo había buscado tanto, e iba a presenciarlo allí, cuando la vergüenza me agobiaba, cuando menos lo esperaba, cuando ni siquiera lo presentía.

Se terminó la hora del cálculo mental y, cuando ya el dolor de las rodillas me era insoportable, el Hermano ordenó problemas escritos de aritmética. Todavía faltaban dos horas para la salida y unas lucecitas de fatiga, traidoras, me cruzaban los ojos. Los muchachos armaron gran revuelo, sacando cuadernos y pizarras, pidiendo lápices prestados, robando borradores. En el pizarrón, El Querido Hermanito escribía un problema tremendo:

- En qué tiempo un tren que corre treinta y cinco kilómetros por hora....

Pero, como yo estaba castigado, no tenía que hacer el problema. Esto me puso alegre y me volvió la voz. Segundo Ordóñez, despacito, me dijo:

- No hay mal que por bien no venga.

Y una sonrisa me iluminó la cara. Se me alivió el dolor de las rodillas. Me volví hacia él para guiñarle un ojo. Entonces me di cuenta de que el Hermano rondaba la clase lentamente, hasta acercarse a la banca en que Ramón trabajaba. Apoyó su mano en el espaldar y se inclinó sobre el muchacho hasta rozarle el cabello con los labios. Tengo la impresión de que mi compañero se sentía molesto, más aún, atemorizado. Recordé esa sensación espesa y turbia que deja en la piel el roce de una araña o un pequeño reptil de paso rápido y cosquilleante. Yo no podía ver la cara de Ramón ni la del hombre pálido sobre él inclinado, con los ojos fijos en el papel en que el muchacho edificaba a duras penas la solución de su problema. Recordé esas espesas tufaradas, a animal soñoliento, que suben de las cabelleras y llenan la cabeza de un suave sopor. Comprendí que el Hermano gozaba con el olor de la cabeza de mi amigo, que lo aspiraba con fruición.

Presentí el dilatarse voluptuoso de sus fosas nasales, ensanchadas en su hambre, en su fiebre de hartarse de aquel olor de cachorro limpio, rebotante de vida, elástico y alegre. Yo no podía ver el rostro del hombre, pero podía ver, claramente, su mano derecha. Seguir su lento viaje, resbalado, como al descuido, por la superficie inclinada del pupitre, hasta caer, con suavidad cuidadosa sobre las rodillas del muchacho inclinado. Oh!, yo no veía el rostro, no, pero, cómo era de expresiva esa mano suave y cautelosa! Cómo iba sigilosa y apresurada, a lo largo de la costura del pantalón, buscando la bocamanga, a cinco centímetros arriba de la rodilla, donde asomaba la pierna juvenil, sonrosada y desnuda! Cómo se detenía en el umbral, cómo reflexionaba, los nervios tensos y avizores, y cómo, luego, iba entrando su búsqueda acariciadora! El muchacho, inmóvil, había levantado la cabeza y tenía, en todo el escorzo de su cuerpo, la actitud del que espera. Que claro estaba que él no comprendía, cómo su cuerpo estaba alerta, presto a captar esa nueva experiencia, a penetrar ese misterio, a entregarse a él para ir a su conocimiento completo! La mano permaneció ahí, en media pierna, un momento y en él no tuvo punto alguno de inactividad ni indecisión. Avanzó, osada y experta, se detuvo y salió, con la misma suavidad segura y acariciadora de la entrada. El muchacho se movió entonces, desasosegado. En ese movimiento había el aflojarse de los nervios tensos de temor y desconfianza. Había esa oscura sensación de la caricia inexplicable y trunca, que se sedimenta en la impresión del pecado y se niega a saltar el abismo del “acúsome padre”. Había la repugnancia hacia la piel ajena y una sensación, acaso diluida, de violación, de acercamiento criminal y prohibido, de asco de hombre a hombre y de vergüenza, vergüenza del propio cuerpo recóndito, tan sólo tocado por la madre, celoso de su virginidad, de su secreto, de su calor, de la fina riqueza de su propia epidermis. Esa sensación que nos hace imposible el acariciarnos a nosotros mismos. Largamente contemplé cómo era de absorta la mirada de mi compañero, cómo se había abandonado, laxo el cuerpo, como si lo dominara la fatiga, alejado de todo y de todos, lejano de sí mismo, cercano sólo al sitio de su cuerpo que había entrado en contacto íntimo con esa mano audaz, firme e inescrupulosa. Vi, luego cómo el hombre se alejaba a grandes pasos hacia el escritorio, cómo se sentaba con la cabeza baja y colocaba, cuidadosamente, su mano derecha ante los ojos, siguiéndole el dibujo con una mirada insaciable y curiosa, como si fuera la primera vez que la advirtiese en su cuerpo. Y cómo, después, se la tocaba con la izquierda, estrechándola, como si desease absorber el lejano calor que aún guardaba, como si quisiera felicitarla por su acción, tan segura, tan gozosa y perfecta.

En ese entonces, yo tuve una borrosa y aterradora impresión de todo esto, y poco a poco, fui aprehendiéndola en toda su amplitud. Y aquella mano, su viaje y esas dos miradas absortas estuvieron presentes en toda mi niñez, dominaron un sector de mi sueño y se me fueron adentrando en el recuerdo, hasta hacerse cada día más precisas y vivientes, de contornos más nítidos y aterradores. Tan seguro estuve de haber visto el pecado ...

Me desconcertó tanto lo que había visto, que me olvidé de Elio, y tan sólo Segundo le esperó a la salida, larga e inútilmente, para pedirle cuenta de su traición. Larga e



inútilmente, porque Elio comía ya con los Hermanos y se quedaba con ellos hasta altas horas de la noche, acompañándoles en sus oraciones y haciendo en la sala de estudio los deberes. Insensiblemente se hizo el vacío en torno de él. Nadie quería arriesgarse a un castigo como el que sufrimos nosotros. Era el adulón oficial, el enemigo colectivo de toda la clase. Lo colmaron de distinciones: fue el primer alumno que, desde la fundación de la escuela, alcanzó a ganar diez mil notas en una semana. Las invitaciones a comer, a nadie hechas. Se lo nombró Monitor de la Clase, Capitán del Campo Romano y Monitor de Rango, cargo que solamente podía ocupar un alumno de la clase superior. Tocaba la campana cada media hora para la jaculatoria, el rezo, el recreo y la salida. Lo hicieron monaguillo de sotana blanca, roquete bordado y franja roja y le obsequiaron las prendas. Difícilmente se repetirá un caso así en la escuela. Se fue haciendo gallito, su voz atiplada empezó a dominar a todos. Era la suya una dictadura absoluta y nunca lo pudimos pegar porque nunca supimos a qué hora salía ni a qué hora entraba en la escuela. Se decía que, a fin de año, lo iban a llevar a Quito, al Noviciado de la Magdalena. LLamarle “sotanudo” era el más grave delito y se lo castigaba con terribles castigos: hasta cinco días en la “penitencia”. Bastaba que él alzase sus grandes ojos llorones y pusiese su mano sobre la cabeza de un muchacho, para que el Hermano le diese al acusado una tunda de azotes. En los ojos del maestro ardía por él una devoción especial, honda, notable a simple vista. En el curso de los recreos se iba con él a la huerta; en la clase, nunca le preguntaba nada y siempre lo citaba como un modelo de aplicación y piedad. Poco a poco, nos fuimos acostumbrando a este estado de cosas, a considerar a Elio como la segunda autoridad de la clase y de la escuela toda. Le llamaban solamente “el monitor” y hasta habían muchachos que lo saludaban. Elio aceptaba con toda seriedad estos homenajes y, poco a poco, se fue formando en su torno una corte de adulones, que, por su intermedio, obtenían del Hermano todo lo que deseaban y hacían de guardaespaldas suyos, defendiéndolo en todas partes. Alguien había encontrado al tocho Valarezo llevándole a regalar una tabla de quesos. Se decía que le habían metido una zancadilla y que los quesos frescos rodaron a la calle, mientras el tocho lloraba desesperadamente, frotándose los ojos con las manos contraídas. Yo tenía la sensación de que se acercaba una catástrofe. Ramón me contó un día:

- Oh, Manuco, sabes? Desde ese día en que te arrodilló el Hermano, ni más me ha vuelto a molestar.

Yo tenía la vaga impresión de que Elio estaba en el asunto. Ramón también lo sospechaba, porque me dijo:

- Yo creo que el Monitor me ha defendido.

Ahora sé que esos es verdad.

No que lo hubiese defendido, propiamente, pero si que había ofrecido al Hermano aquello que en Ramón buscaba. Cada vez que acudía mi pensamiento a este punto, recordaba una mano audaz y enfebrecida y una cabeza de muchacho en ansiedad absorta ante la sensación inexplicable y me dolía esa amistad ya antigua para mis pocos años que a Elio me unía y que en forma tan poco común se había terminado. La pavorosa aventura del robo de duraznos, aquel paseo al Valle que tan mal terminó, las últimas vacaciones, pasadas en mi Ciudadela con mucho sol y con los ojos suyos, tan repletos de lágrimas.. Y, de pronto, ya no era mi amigo. Me había herido hondamente, me había vendido y había puesto entre él y mi estimación, entre él y la estimación de todos los muchachos de la clase, en velo turbio. Nunca volvió a estar en nuestros juegos ni fue a nuestros paseos. Lo envolvía algo repugnante y viscoso: esa amistad suya, ese amor con el maestro, esa sonrisa del hombre pálido que parecía jabonarle la cara a todas horas. Yo veía una mano audaz y precisa que lo arrastraba lejos de nosotros, a una ruta de sombra.

Y así fue. Un día, corrió por la escuela un extraño murmullo. Estaba cercano el fin de curso y era lunes. Se decía que el Hermano Celestino había sido separado de la escuela, que ya nunca vestiría sotana ni sería más Hermano de las Escuelas Cristianas. Todo hacía presentir que había sucedido algo horrible, tanto, que no podíamos ni siquiera figurárnoslo. Cuando entramos en la clase, no estaba el hombre pálido. Parado al lado del pupitre, el Hermano Director, con la chasca en la mano, nos miraba con sus ojos duros. Nos dijo que, por una grave enfermedad sufrida en el norte por un familiar del Hermano Celestino, éste había tenido que salir repentinamente de la ciudad y que él se había encargado de la clase hasta el fin del año. Y que, en su nombre, nos daba larga despedida. Noté que todos nos alegrábamos de no volver a ver al hombre pálido. Y, simultáneamente, todos pensamos en Elio, todos nos sentimos alegres porque su tiranía terminaba y porque íbamos a pedirle cuentas justas y estrechas. Lo buscamos con la vista y sólo vimos su sitio vacío. Ramón me susurró que se había ido a despedir al Hermano Celestino. Pero, de pronto, yo tuve otra seguridad: Elio no volvería. Se lo dije a Ramón.

- Por qué? , me preguntó.
- No sé. Tal vez lo haigan expulsado.

No sé de donde me vino esta idea, aparentemente absurda. En el recreo, a través de Ramón, todos lo sabían. Y, al fin, de semana, fue verdad: Elio, “el Monitor” no volvió nunca. Alguien había visto al Hermano Celestino abandonar la ciudad vestido de “hombre”, sin sus amplias sotanas ni el sombrero de teja.

- Cómo quedaría con calzones?, son preguntábamos.
- Parecería zancudo, afirmaba Mosquerita.

Y Nico repetía, riendo, la vieja adivinanza:

- Largo, largote, con los huevos en el cogote.

En verdad, su aspecto debería ser raro y su mano ya no brillaría con la misma blancura que cuando la enmarcaba la negra sotana.

- Iba vestido de casinete, -decían.

- Parecería chaso, -opiné.

Y Nico, que era noble, dijo olímpicamente:

- Eso mismo era.

Pero se hizo el silencio. Hasta ahora me admiro de cómo lograron evitar que el escándalo corriese en la ciudad. Y sobre el Hermano Celestino y sobre Elio se guardó un secreto celoso. Nunca supimos qué fue de ellos. Nunca, hasta que me encontré, diez años después, a Elio de radio-operador en Guayaquil. Me dijo, entonces, que su padre lo había llevado para allá. Pero estoy seguro de que esa no era la verdad. Me inclino más a la versión que aseguraba que el Hermano Celestino se lo llevó de Loja, a dónde, no lo se. Sólo se que hubo de caberle un destino impuro, que yo había presentado. Yo tan sólo sabía a que negro misterio, a que vida dañada, conduciría esa mano al ser que aprisionara.

Quito, Marzo de 1937